

## Sistema de las potencias racionales según Aristóteles

EN LOS DIVERSOS libros de Aristóteles, en especial en *De Anima*, y en la *Ética a Nicómaco* (Z) oímos hablar de varias potencias racionales del alma, que a veces parecen implicarse o suponerse, pero cuya exacta relación entre sí no se presenta claramente. Es intención de este artículo precisar, a base de los textos del Estagirita, los puntos de contacto y divergencia de dichas facultades y proponer un sistema de ellas.

Aristóteles, en *De Anima* Libro III, capítulo 3. distingue tres acciones de la fuerza discriminativa<sup>1</sup>: el percibir<sup>2</sup>, la imaginación<sup>3</sup> y el inteligir<sup>4</sup>, y establece que la fantasía es producida por la percepción, y que a su vez sin ella no hay pensamiento<sup>5</sup>. La intelección es, así, la suprema acción del alma.

El texto<sup>6</sup> habla del inteligir como de un concepto conexo del juzgar<sup>7</sup>, y aquí podemos hacernos una primera pregunta: ¿En qué relación están inteligir y juzgar? El inteligir es un concepto genérico, que incluye —cuando correcto— el juzgar, la ciencia<sup>8</sup> y la opinión verdadera<sup>9</sup>, y —cuando no correcto— los contrarios de ellos<sup>10</sup>. El juzgar es, pues, parte del inteligir, uno de sus modos.

El juzgar es de orden práctico. En el capítulo 5 del Libro Z de la *Ética a Nicómaco*, define Aristóteles lo que entiende por juicio. Es un hábito, es decir, algo que se tiene (*habeo* - tengo), y es algo práctico, esto es, encaminado a la acción. Dicho hábito es verdadero, i. e. que jamás yerra, y su actuar está regido por la razón<sup>11</sup>. A estas cuatro características se añade una quinta: se refiere a lo que es bueno o malo para el hombre<sup>12</sup>. El hábito es algo que se tiene, no algo que hoy se posee y mañana desaparece, es una eficiencia<sup>13</sup>, una excelencia, o —como decimos equívocamente— una virtud.

Pero la lectura del libro Z de la *Ética* si bien nos dice qué es el juicio (cordura) nos coloca ante un grave problema. Allí se lee que en contraposición a las virtudes éticas, estudiadas en los dos libros anteriores, hay también virtudes “del pensamiento” o “de la inteligencia”<sup>14</sup>. Y más adelante: que con ellas está el alma en la verdad (o más exactamente: descubre el alma, o está el alma en la descubierta<sup>15</sup>), y que son en número de cinco<sup>16</sup>. A saber: arte, ciencia, juicio, sabiduría e intelecto<sup>17</sup>. Y también dice allí, que no se tratará de la representación<sup>18</sup> y de la opinión<sup>19</sup> porque acontece que ellas están a veces en lo falso<sup>20</sup>. A juz-

gar por este texto, son, juicio e intelecto, dos virtudes intelectuales independientes. ¿Cómo pudimos, entonces, decir que se hallan en la relación de la parte y el todo? ¿Cómo es posible que diga Aristóteles que el inteligir puede ser correcto y no correcto? ¿Cómo ha de ser el juicio uno de los modos del inteligir correcto?

Veamos cómo se explica Aristóteles en el Libro Z de la *Ética*. La ciencia es un hábito<sup>21</sup>: el hábito de demostrar, esto quiere decir, que partiendo de principios<sup>22</sup> llegamos a un saber necesario<sup>23</sup> y de lo general<sup>24</sup>, y que puede ser aprendido<sup>25</sup>. Pero hay también lo que no es necesario, aquello que puede ser de otro modo, y que no es como lo científico que tiene que ser así como es (v. gr. el teorema de Pitágoras). Son las obras —los objetos manufacturados—<sup>26</sup> y las acciones —el actuar—<sup>27</sup>. A aquéllas se refiere al arte, a éstas el juicio.

El arte es el hábito de producir según la verdadera razón<sup>28</sup>. El juicio, como ya dijimos, el hábito verdadero de actuar según la razón en lo que es bueno o malo para el hombre. El arte no es, pues, práctico sino poético. Pero juicio y arte tienen en común el ser racionales, verdaderos, el referirse a lo contingente y el ser no-teoréticos, puesto que el pensamiento es o práctico o poético o teorético<sup>29</sup>.

Volviendo a lo teorético, vemos que la ciencia por ser deductiva arranca de principios anteriores a toda deducción, y cabe preguntarse: ¿Cómo son captados estos principios? No por la ciencia, que se sirve de ellos para la deducción. Tampoco por el arte o juicio que no se refieren a cosas absolutas y necesarias, como son precisamente estos principios. Aristóteles nos responde en el Capítulo 6 del Libro Z de la *Ética*: por el intelecto.

Pero intelecto y ciencia no se oponen como arte y juicio (aunque en cierto modo las obras de arte se hacen para facilitar las acciones de los hombres, para que *sirvan*); ambos se encuentran unidos en la sabiduría que es la “ciencia” de lo perfecto, pues el sabio no sólo conoce lo que se deriva de los principios, sino que está en la verdad en cuanto a los principios mismos. Así sería pues la sabiduría, intelecto y ciencia, siendo como la cabeza de ellos, el saber de los más nobles objetos<sup>30</sup>. ¿Y cómo es, más exactamente? ¿En qué consiste esa “ciencia”? O mejor: ¿Cuál es el saber de los principios, que al ocuparse también en las consecuencias que de ellos derivan, es a la vez la ciencia de lo más noble, aquella ciencia capital de la cual todas las demás reciben sus reglas, a la que todas las demás están referidas? Esta pregunta nos lleva al libro A. de la *Metafísica*. Leemos allí que “la sabiduría es la ciencia de ciertas

causas y principios”<sup>31</sup>, de los primeros principios y causas<sup>32</sup>. Y la ciencia de los primeros principios y causas es la ciencia de Dios, y esta ciencia divina es también la más noble<sup>33</sup>.

La sabiduría es pues la máxima manifestación de ciencia e intelecto a la vez, un saber habitual relativo al más alto y noble ejercicio teórico: Dios. Por ello es, en cuanto a su contenido, diferente de ciencia e intelecto, pero en cuanto a su naturaleza no difiere de ellos.

El Libro A. de la *Metafísica* nos enseña algo más: que ciencia y arte no son tan opuestos como al comienzo nos pareció. El arte es más ciencia que la experiencia<sup>34</sup>, pues el arte nace del hecho que de muchas observaciones de la experiencia se forma una única representación general sobre lo semejante<sup>35</sup>. El artista conoce las causas<sup>36</sup> y puede enseñar<sup>37</sup>, lo que implica que las artes se pueden aprender. Pero —como vimos— éstas son características de las ciencias. ¿Cómo, pues, no se confunden arte y ciencia? La diferencia estriba en que la ciencia es de lo necesario, y el arte de lo contingente, lo que —como también vimos— puede ser de uno o de otro modo; y por ello la ciencia sólo puede ser teórica, el arte en cambio es poético. Eso sí: las ciencias teóricas son más sabias<sup>38</sup> que las disciplinas poéticas<sup>39</sup>. Pero ¿qué es eso de más sabias? ¿Qué se quiere decir con ello? ¿Qué tiene que ver de nuevo aquí la sabiduría? La respuesta está a la vista: Lo teórico y lo poético (y también lo práctico) se *miden* en la sabiduría.

Sabiduría es ciencia e intelecto. En ella se mide la ciencia. Pero ¿cómo ha la ciencia de medirse en sí misma? De otro lado, el intelecto es el saber de los principios de la ciencia, y el principio es lo más noble. Aquello que puede *dar* la medida. ¿No será el intelecto en la sabiduría aquello que la convierte en medida de la ciencia y el arte? ¿Será quizá aventurado decir que el arte —poético— y el juicio —práctico—, la ciencia y la sabiduría (en cuanto ciencia) —teóricas— se miden en el intelecto; y que son en mayor o menor grado actividades (o hábitos) del intelecto, que desde luego tiene también su actividad genuina y suprema? Así sería comprensible que Aristóteles diga en nuestro texto en *De Anima* que el inteligir (correcto) sea el juicio y la ciencia y el opinar verdadero<sup>40</sup>.

Indudablemente hay aquí tres problemas más: 1º que de las cuatro virtudes que conocemos por el texto de la *Ética*<sup>41</sup> sólo indica Aristóteles aquí dos, omitiendo arte y sabiduría; 2º que Aristóteles incluye en cambio la opinión, que en la *Ética* fue dejada de lado, y 3º que el intelecto como las otras cuatro virtudes está —según la *Ética*— (siempre) en la verdad<sup>42</sup> y aquí se distinguen intelecto correcto y no correcto.

El primer problema podría ser resuelto así: tanto el arte como la sabiduría son en cierto modo ciencia (como ya hemos visto) y aquí “ciencia” ha de entenderse en sentido amplio, como conocimiento de lo general, transmisible por enseñanza, en vista de las razones que lo sujetan a causas y principios.

El segundo problema nos lleva a preguntarnos por la opinión. En el capítulo 33 del Libro A de *Analítica Posteriora* nos habla el Estagirita de ella, y la pone en una línea con la ciencia y el intelecto, pues ellos tres —y lo que por ellos decimos— son verdaderos<sup>43</sup>. Se trata pues de un saber teórico como el intelecto, que es —como sabemos— el principio de la ciencia<sup>44</sup>; y la ciencia es de lo general y de las cosas necesarias, esto es, que no pueden ser de otro modo<sup>45</sup>. La opinión no es siempre de lo general, sino también del hecho<sup>46</sup>, aunque no siempre del mero hecho sino también a veces del porqué del hecho<sup>47</sup>, pero siempre se refiere a algo que puede ser de otra manera. El “objeto” de la ciencia (conocimiento) y de la opinión no son necesariamente ni semejantes ni distintos: Así “hombre” puede ser objeto de la ciencia y de la opinión. Si yo digo que “animal” es predicado esencial de “hombre” es conocimiento (ciencia); si digo únicamente que es predicado de hombre —omitiendo que es esencial— es opinión. ¿Por qué? Porque dejo la puerta abierta a que el hombre sea de otro modo<sup>48</sup>. Pero también hay objetos de la opinión que no pueden serlo de la ciencia, v. gr., lo individual —esta mesa. Los objetos de la opinión no son necesariamente entes reales y actualmente dados: se puede opinar sobre centauros y quimeras.

La opinión puede ser también falsa —puedo opinar que el mundo es un disco— o ni falsa ni verdadera —cuando opino sobre algo que no existe—<sup>49</sup>, pero ciencia e intelecto (o como diríamos ahora: intuición intelectual) son verdaderos o no son ni ciencia ni intelecto.

La opinión pues se halla emparentada con ciencia y sabiduría (por su carácter teórico), con el arte y el juicio (por tener un objeto contingente); pero se distingue de ambos grupos por la posibilidad que tiene de ser falsa o no verdadera, que a su vez tiene de común con la representación<sup>50</sup>, que es la base lógica —el juicio lógico— que soporta a lo teórico<sup>51</sup>.

Según el texto en *De Anima*<sup>52</sup> el intelecto puede ser pues correcto, esto es verdadero, o no; en el primer caso están juicio, ciencia y opinión verdadera; en el segundo, sus contrarios<sup>53</sup>: fatuidad, ignorancia<sup>54</sup> y opinión falsa. El intelecto incluye pues estos modos; es, por así decir, su concepto genérico o la fuerza —potencia— generadora de ellos.

Pero, y aquí estamos en el tercer problema, según el contexto de la *Ética*<sup>55</sup> el intelecto está *siempre* en la verdad, y es la cumbre del pensar necesariamente verdadero. La explicación parece fácil si se dice que intelecto en sentido estricto es siempre verdadero, pero en sentido lato no lo es. Pero inmediatamente habría que preguntar: ¿Cómo es posible que inteligir en sentido lato y estricto se distingan en punto tan esencial como éste? ¿Será “inteligir” una palabra equívoca que señala a dos potencias distintas? Esto rompería todo el cuadro y la estructura misma del alma. Inteligir en uno y otro sentido es el mismo inteligir. Lo que acontece es que el intelecto en su pura y propia función<sup>56</sup> (esto es el captar principios y esencias) no yerra; pero en sus otras actividades<sup>57</sup>, que no son acciones únicamente del inteligir sino del hombre todo —del hombre que entiende—, sí está sujeto a error, como lo está el hombre<sup>58</sup>. El inteligir es como el foco de luz en el cual no puede haber sombra; pero en la luz que proyecta sí pueden darse sombras. El intelecto es, como dijimos, la fuerza genérica, es decir generadora, pero a la vez que incluye como género a las diversas facultades del pensar. En su actuación propia no puede haber error; pero en su proyección sí.

El intelecto —suprema función y principio cognoscitivo— es la potencia racional matriz, eterna<sup>59</sup>, inmutable<sup>60</sup> y forma de las formas<sup>61</sup>, que irradia en los diversos modos del pensar: las potencias racionales del alma. Y estos modos están jalonados por Aristóteles en los textos aducidos, como indicando los ángulos que determinan un campo. Los hitos son: juicio, ciencia y opinión.

El juicio es siempre verdadero, se refiere a lo contingente y tiene carácter no-teorético (El arte posee estas mismas características, sólo que en vez de ser práctico es poético).

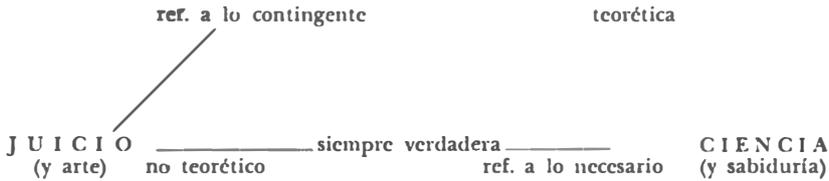
La ciencia es siempre verdadera —y en esto coincide con el juicio—, pero se refiere a lo necesario y es teórica (La sabiduría —ciencia e intelecto— posee las mismas características).

La opinión es teórica —y en esto coincide con la ciencia, se refiere a lo contingente —como el juicio—, pero no es siempre verdadera. (La representación —la mera trama lógica— puede asimilarse a la opinión, aunque también puede referirse a lo necesario).

Como se ve, se trata de tres extremos divergentes pero unidos; cada cual difiere en dos calidades de los otros dos, pero tienen una calidad en común con cada uno de ellos, y una propia exclusiva.

Podemos pues así formar el siguiente cuadro:

O P I N I O N  
(y representación)  
no siempre verdadera



NOTAS

- <sup>1</sup> κρίνειν: 327 a 18, cf 427 a 20-21, 428 a 1-3.
- <sup>2</sup> αισθάνεσθαι: 427 a 19.
- <sup>3</sup> φάντασία: 428 a 1.
- <sup>4</sup> νοεῖν: 427 a 18.
- <sup>5</sup> 427 b 14.17.
- <sup>6</sup> 427 a 17 - 427 b 8.
- <sup>7</sup> φρονεῖν: 427 a 19.
- <sup>8</sup> ἐπιστήμη: 427 b 10.
- <sup>9</sup> δόξα ἀληθής : Ibid. 427 b 8-11.
- <sup>11</sup> μετὰ λόγου: 1140 b 5.
- <sup>12</sup> 1140 b 4-5.
- <sup>13</sup> ἀρετή: 1140 b 24.
- <sup>14</sup> τῆς διανοίας: 1139 a 1.
- <sup>15</sup> οἷς ἀληθεύει ἡ ψυχὴ : 1139 b 15.
- <sup>16</sup> 1139 b 16-17: τέχνη, ἐπιστήμη, φρόνησις, σοφία, νόυς
- <sup>17</sup> ὑπολέψεις : 1139 b 17.
- <sup>18</sup> δόξα : Ibid.
- <sup>19</sup> ἐνδεχεται διαψεῦδεσθαι 1139 b 17-18
- <sup>20</sup> ἔξις
- <sup>21</sup> ἀρχαί : 1139 b 30.
- <sup>22</sup> ἔξ ἀνάγκης : 1139 b 22.
- <sup>23</sup> καθόλου : 1140 b 31.
- <sup>24</sup> 1139 b 25.
- <sup>25</sup> ποίημα
- <sup>26</sup> πράξις
- <sup>27</sup> ταύτου τέχνη καὶ ἔξις μετὰ λόγου ἀληθούς ποιητικῆ : 1140 a 9-10.
- <sup>28</sup> πᾶσα διάνοια ἢ πρακτικῆ ἢ θεωρητικῆ : 1025 b 25.
- <sup>29</sup> 1141 a 16-20.
- <sup>30</sup> 982 a 2.
- <sup>31</sup> 982 a 5-6.
- <sup>32</sup> 982 b 8-9.
- <sup>33</sup> 983 a 5-11.
- <sup>34</sup> 981 b 8-9.
- <sup>35</sup> 981 a 6-8.
- <sup>36</sup> 981 a 25-28.
- <sup>37</sup> 981 b 9.
- <sup>38</sup> σοφώτηρος 981 b 31.
- <sup>39</sup> 981 b 29-31.
- <sup>40</sup> 427 b 8-11.
- <sup>41</sup> 1139 b 16 17.
- <sup>42</sup> ἀληθεύ
- <sup>43</sup> 88 b 37-89 a 2.
- <sup>44</sup> 88 b 36.
- <sup>45</sup> 88 b 31-32.
- <sup>46</sup> τὸ ὅτι : 89 a 15.
- <sup>47</sup> τὸ διότι : 89 a 16.
- <sup>48</sup> cf. 89 a 32 sgts.
- <sup>49</sup> 123 a 15-18.
- <sup>50</sup> ὑπολήψεις
- <sup>51</sup> cf. 89 a 3-4 y 981 a 5-7.
- <sup>52</sup> 427 b 8-11.
- <sup>53</sup> ἀφροσύνη
- <sup>54</sup> ἀγνοία
- <sup>55</sup> 1139 b 16-17.
- <sup>56</sup> νοεῖν
- <sup>57</sup> διανοεῖσθαι
- <sup>58</sup> 408 b 25 sgts.
- <sup>59</sup> 413 b 27.
- <sup>60</sup> 429 a 15.
- <sup>61</sup> 432 a 2.